

**POR LOS CAMINOS DE EUROPA**

**Ciudades sin entrañas**

**por Ignacio Martín-Baró**

Quien más quien menos, todos apreciamos nuestras entrañas. La verdad es que no tenemos una idea muy clara de qué sea eso de las entrañas, pero yo me imagino que debe de ser algo estupendo, ya que a una persona muy querida la calificamos de «entrañable», mientras que de un individuo frío y calculador decimos que «no tiene entrañas».

Yo creo que las cosas, los lugares, las ciudades también tienen sus entrañas. Fijémonos en nuestros elementos de trabajo más íntimos: nuestro bolígrafo, ese despertador antiguo, la pipa de fumar..., nuestras pequeñas cosas entrañables. ¿No es verdad que también ellas tienen un algo, tal vez reflejo de nuestra manera de ser?

Todo esto viene a propósito de las entrañas de una gran ciudad: Munich. Al igual que otras grandes ciudades alemanas, ha arremetido la obra gigantesca de revolver sus entrañas, lo que quiere decir nada más y nada menos que se ha puesto a construir un metro. Sí, un tren subterráneo. Y ahí están rincones tan cargados de añoranza secular como la Ludwig Strasse, o la Maximilian Platz, destapados y desentrañados. Obra gigantesca esta de construir un metro y que arredraría a otros que no tuvieron la fuerza de voluntad alemana. Piénsese en lo que esto supone: cimientos de casas, líneas telefónicas, líneas eléctricas, desagües, sótanos, alcantarillas... Todas las entrañas de una ciudad ingente sometidas a una operación de urgencia. De urgencia, sí, porque los muniqueses quieren terminar su metro para 1972, año en que albergarán los Juegos Olímpicos. Y se han puesto manos a la obra: un trabajo de veinticuatro

horas al día, de siete días a la semana. Turbos diurnos y nocturnos. No se puede pensar en una espera o descanso. Hoy surge aquí un puente provisional, mañana un pasadizo en aquella otra parte... Los muniqueses soportan con resignación estos cambios bruscos e incómodos en la circulación de su ciudad. Exigencia de las obras. Grandes maquinarias perforan la piel de las calles, como gigantescas mordidas de perro. El ruido es a veces ensordecedor, aunque el tráfico moderno nos ha acostumbrado desgraciadamente a él. (¿No se podrían inventar máquinas silenciosas?)

Alrededor de los inmensos huecos, las vallas de madera cumplen su oficio protector. Sin embargo, los alemanes piensan que a la gente le gusta ver el progreso de las obras. Y para que puedan observar cómodamente, en las vallas se encuentran unas ventanillas, por las que uno se puede asomar. Siempre que tuve ocasión de pasar junto a las obras del metro, observé que las ventanillas estaban siendo usadas continuamente: los muniqueses quieren ver las entrañas de su ciudad. ¿Cuántas horas no hemos pasado de niños, viendo edificar o pintar una casa? Nos gusta ver construir: pequeños detalles que los alemanes no pierden de vista. Naturalmente, yo también eché mis ojeadas.

Munich, ciudad entrañable, sufre una dolorosa operación. Pero no por eso deja escapar su aire señorial. Y, por la noche, mientras las brigadas de trabajadores arrancan las entrañas de su ciudad, en el Schwabing señorial y existencialista jóvenes de largas melenas exponen sus cuadros en la calle, a la luz de pintorescas lamparillas.